

Fotografiar(se). Relatos de un taller de comunicación comunitaria y fotografía con niños de una escuela primaria de La Plata.

Vanesa Giacci
vanesagiacci@hotmail.com
Consejería de salud mental y adicciones de Villa Alba, Min. de Salud Pcia de Bs. As

M. Celeste Hernández
mhernandez@trabajosocial.unlp.edu.ar
LECyS, FTS, UNLP

Facundo Reyna
facundusr@gmail.com
Consejería de salud mental y adicciones de Villa Alba, Min. de Salud Pcia de Bs. As

En el contexto de una cotidianeidad escolar signada por las dificultades de encontrarse “sin escuela”¹ se desarrolló un taller de comunicación comunitaria y fotografía. El objetivo de este trabajo es relatar esa experiencia presentando sucesivamente la escuela, las inquietudes que guiaron la propuesta y su desarrollo. Describimos a lo largo del escrito algunas dificultades suscitadas en el proceso como así también ciertos hallazgos que nos posibilitan repensar lo transitado para forjar a partir de allí, nuevos espacios en la escuela con sus estudiantes y trabajadores.

Este texto, que versa sobre el taller, habla también de la escuela, el barrio y las personas que les habitan. En ese sentido, se incorpora a la trama de relatos que vienen comunicando desde una pluralidad de voces -e imágenes- sobre cómo es la escuela (hoy “itinerante”) del barrio.

La escuela, el incendio y el barrio: la propuesta del taller

El 29 de octubre de 2017 fue incendiada la Escuela Primaria Básica N° 23 ubicada en el Centro Comunal Villa Elvira de la ciudad de La Plata². El fuego se inició en la madrugada de un domingo y tan rápido como la noticia comenzó a circular, numerosos niños³ y sus familias, ex alumnos, directivos, docentes y vecinos se encontraron en la puerta del establecimiento. Saber qué había pasado, ayudar, acompañarse figuró entre los motivos de quienes se acercaron y saludaban entre

1 Empleamos las comillas para señalar palabras textuales de los actores.

2 En el mismo edificio funcionaban también la Escuela Secundaria N° 81 y un Plan Fines. La EPB N° 23 es una de las dos escuelas primarias de una región caracterizada por una marcada desigualdad socio urbana y sus estudiantes se encuentran mayormente entre la población más pobre de la zona.

3 En consideración de una perspectiva de género que reconoce una pluralidad de expresiones que exceden una concepción binaria (masculino/femenino) empleamos la vocal “e” valiéndonos una de las formas del lenguaje inclusivo.

lágrimas, enojo y desconcierto. Con los días, la necesidad de reanudar las actividades encontró asidero, y las clases se retomaron en el edificio de una escuela privada ubicada a unas 25 cuadras del “barrio”⁴ que prestó sus instalaciones. Diariamente niños y docentes se reunían en “su” escuela para luego trasladarse en colectivos hasta las que se convertirían temporariamente en aulas, y así, entre uno y otro lugar, la institución terminó el ciclo lectivo en cotidiano desplazamiento.

Las promesas de reconstrucción y ampliación del edificio formuladas por las autoridades gubernamentales para iniciar el ciclo escolar 2018 continuaban con ese estatuto para febrero de ese año, cuando nuevamente debió idearse una forma alternativa de funcionar. Esta vez acomodándose en el camping y campo de deportes que otra institución educativa de gestión privada tenía en la zona, a 14 cuadras de “la 23”. Allí, a la subdivisión de habitaciones, y la adecuación de un quincho, se incorporaron “aulas container” en el intento de alcanzar la cantidad de espacios que las escuelas primaria y secundaria requerían cada jornada.

De ese modo, si bien fue posible dar continuidad a las clases, esta forma de ser “escuela sin escuela” como se identificaron docentes y directivos, tuvo significativos impactos en la comunidad educativa. Esto se puso de manifiesto tanto en la organización cotidiana de las familias y de los estudiantes, como en los aspectos pedagógicos, de cuidado y operativos de la institución. Para los trabajadores escolares, la situación exigió gran disposición, inventiva y compromiso para afrontar una labor que presentaba numerosas dificultades y constantes desafíos. Para toda la comunidad educativa, “volver a la escuela” se constituyó en una demanda que signada por el incumplimiento de los acuerdos y plazos estipulados, devino en una ardua tarea burocrática y de manifestaciones públicas de distinto tipo.

El incendio trastocó la vida institucional, y en ese sentido, retomando la propuesta teórico-metodológica de Rossana Reguillo (2005) puede pensarse como un “acontecimiento” que puso en evidencia una trama de sentidos e interacciones, que en este caso, posibilitan mirar la escuela. Sin ahondar en este eje analítico, nos interesa señalar aquí que el suceso evidenció para los actores de la institución el relevante lugar que la escuela tenía para los habitantes del barrio y para los propios estudiantes. Así, fue con el incentivo de realzar y estrechar esos lazos que el nodo del proyecto institucional propuesto por la escuela para trabajar durante 2018 fue “identidad y espacio”. En este marco y en diálogo con el mencionado proyecto fue que el “Taller de comunicación comunitaria y fotografía” se empezó a pensar.

4 Categoría de sentidos múltiples y límites variables (Merklen 2005), el “barrio” se presenta como una construcción social (Mayol, 2000) que en este caso aludía al espacio circundante a la escuela y se extendía a los territorios (en buena medida comunes) que habitaban sus estudiantes.

El taller fue producto del encuentro entre distintas instituciones vinculadas a la infancia en el espacio de la Mesa Barrial de Villa Elvira⁵. Allí tuvo lugar la confluencia entre quienes desde la Consejería de Salud Mental de Villa Alba⁶ habían desarrollado un taller semejante en otra institución educativa de la zona, integrantes de la EPB 23, y docentes de la Facultad de Trabajo Social de la UNLP que desde la extensión e investigación venían trabajando con niños y jóvenes del barrio. Sucesivos intercambios fueron dando forma a la propuesta del taller que integró un proyecto de extensión universitaria⁷. El cual no sólo facilitó las autorizaciones necesarias de la Dirección de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, sino también aportó los recursos económicos que posibilitaron su desarrollo.

¿Por qué este taller? porque pensamos que las imágenes permiten retratar espacios y procesos y de algún modo fijarlos, convertirlos en objetos compartibles que puedan comunicar. Porque la fotografía contribuye a la construcción de una memoria colectiva. Porque fotografiar posibilita mirar de otro modo lo cotidiano y las imágenes “hablan” y “hacen hablar” (Collier, 1973; Dubois, 2006; Auyero y Swistun, 2008, Triquell, 2015). Y así lo que estaba viviendo la escuela podría ser registrado -y denunciado-, el barrio podría habitar la escuela desde las fotografías tomadas en sus lugares y las imágenes se volverían un medio de expresión de los intereses, preocupaciones y deseos de los grandes. Pero también y fundamentalmente, permitirían acercarnos a las miradas de los chicos.

Los preparativos y el taller

Desde febrero de 2018 sucesivas reuniones con la directora, docentes e integrantes del Equipo de Orientación Escolar dieron forma al taller que iniciamos luego del receso invernal. Durante ese tiempo en que las autorizaciones necesarias se hicieron esperar fuimos planificando los encuentros, conociendo el trabajo que se venía dando la institución y reuniendo los materiales necesarios. Vislumbramos que las cámaras de los teléfonos celulares serían un recurso accesible para que los participantes del taller puedan crear imágenes y como no todos los estudiantes contaban con ello, iniciamos una “colecta” para reunir teléfonos usados cuyas cámaras aún funcionaran. De esta

5 La Mesa Barrial fue un espacio de trabajo que reunía periódicamente a distintas instituciones vinculadas a la infancia del Centro Comunal Villa Elvira con el objetivos propiciar el encuentro y la posibilidad de articulaciones y trabajo conjunto para “mejorar la calidad de vida en el barrio” atendiendo específicamente a su población infantil.

6 Villa Alba es uno de los barrios que componen el Centro comunal Villa Elvira.

7 Se trata del Proyecto Convocatoria específica para Centros Comunitarios de Extensión Universitaria “Trabajo Socio-comunitario con niños/as, Adolescentes, Jóvenes y Adultos” (2016, 2017 y 2018) enmarcado en el CCEU N° 7 Villa Elvira (Prosecretaría de Políticas Sociales, UNLP).

manera no sólo reciclaríamos los aparatos sino también proponíamos para ellos un uso comunicacional alternativo que los inscribía en el proceso de creación de un mensaje colectivo.

Para agosto, el Proyecto Institucional venía en marcha y el trabajo sobre la identidad barrial que involucraba a toda la institución implicaba diferentes tareas y objetivos según el grado escolar. Les estudiantes de 6to grado venían realizando asambleas y llevaban un “cuaderno de campo” donde registraban distintas actividades vinculadas a la temática entre las que se encontraba la construcción de un mapa del barrio. La propuesta de la institución fue que nuestro taller se sumara al de literatura y entrevistas, y que les estudiantes de este último grado escogieran de cuál participarían hasta fin de año.

Llegamos un jueves a la mañana al predio donde funcionaba la escuela y nos reunimos con un grupo de 20 estudiantes que habían elegido “fotografía”. Como lo harían en las sucesivas jornadas, tres trabajadoras de la escuela estaban dispuestas a acompañarnos. Experimentando la cotidianeidad de la institución nos encontramos con la pregunta por el espacio ¿Dónde nos ubicaríamos para trabajar? y respondiendo como aprendieron a hacerlo “los de la 23” nos terminamos acomodando donde pudimos: esta vez en una de las canchas de basquet. Así vivenciamos desde el primer momento las maneras en que las circunstancias que atravesaba la escuela se imponían modelando el uso del espacio, y las clases desarrolladas en las instalaciones de un campo de deporte reinventaban cotidianamente la materialidad existente en función de los fines educativos. Con idéntica flexibilidad y disposición resolvimos cada encuentro del taller en los lugares disponibles: el quincho, un depósito, un aula container o al aire libre.

La constante movilidad también caracterizó al grupo participante que varió en cada jornada dependiendo de las posibilidades de conjugar nuestra actividad con otras tareas pedagógicas que debían desarrollar. Lo que se mantuvo constante entre los distintos estudiantes que pasaron por el taller fue el entusiasmo por adquirir herramientas del lenguaje fotográfico y acoplarse a la dinámica que consiguió, renovándose, continuar su curso.

Como mencionamos, el taller se forjó desde un objetivo que entrelazaba el cómo: la fotografía, el para qué: la comunicación y el qué: el vínculo entre la escuela y el barrio. Si nos valdríamos de las imágenes para comunicar, era imprescindible consensuar herramientas del lenguaje visual. Este objetivo guió las actividades propuestas para los primeros encuentros donde a partir de fotografías de contextos y protagonistas desconocidos jugamos a armar relatos. Con la misma finalidad de leer y producir sentidos realizamos luego ejercicios lúdicos de construcción de imágenes donde practicamos los planos, focos y encuadres. Desde este momento los

celulares/cámaras empezaron a circular entre los niños que en grupos se distribuyeron por el predio para constituirse en contadores de lo que allí sucedía. Quedaron retratados los pases y goles de algunos que simulaban jugar al fútbol, grupos de chiques posando con sus camperas de egresados, el campo de deportes a través de una ventana o una pequeña araña encontrada en el rincón de una pared. Entre la posibilidad de armar una escena para fotografiar y de redescubrir lo cotidiano a partir de la intencionalidad de registrarlo, se tomaban decisiones grupales acerca de cómo contar eso que querían. De este modo fuimos haciendo crecer el álbum de fotos del taller, cuyo visionado conjunto proyectado sobre una pared posibilitó además de reírnos, profundizar el aprendizaje técnico.

En paralelo y retomando aquel mapa plasmado en el “cuaderno de campo”, el vínculo entre la escuela y el barrio sería otro de los ejes del taller. Un mapa de la zona impreso en gran formato fue el puntapié inicial para que cada estudiante ubicara su vivienda al tiempo que señalaban sus “barrios” (Hernández, 2016). Más o menos distantes, todos ellos iban relatando el trayecto “a la escuela” y cómo llegaban al lugar donde estaba funcionando. Los recorridos entre uno y otro espacio educativo emergieron en ese entonces como ámbito compartido, la idea de fotografiar el barrio se fue amoldando a ello y así la salida planificada fue tomando forma. ¿Qué camino tomar? fue la consigna de una nueva actividad que encontró a cada estudiante dibujando sobre un pequeño plano una ruta posible. Toda esa información fue compartida luego en el mapa de gran formato sobre el que finalmente consensuamos el trayecto a realizar.

La semana siguiente llegó el esperado día de la salida y junto a los niños, docentes y la directora comenzamos a caminar, mirar, observar y fotografiar, mientras se suscitaban conversaciones con relatos, recuerdos y anécdotas que daban cuenta de los modos de habitar esas calles. Nos detuvimos en el Jardín de infantes donde muchos pasaron los primeros años escolares, en la plaza con los juegos de madera que todos habían señalado sobre el papel, en un local conocido y ante múltiples objetos y situaciones que captaron su atención. Un árbol de nísperos próximo a “la 23” fue ineludible, cuando los niños contando que solían ir allí se abalanzaron corriendo a treparse a sus ramas. El juego primó gran parte del recorrido e incorporó la captura de imágenes a los cuerpos que iban de un lado al otro.

Al llegar a “la escuela” impactó la obra, el movimiento de albañiles y materiales y su fachada: la histórica arcada que daba entrada al edificio no existía más. Jugando como siempre entre las plantas de una vecina, los chiques reconocían el espacio tan cotidianamente vivido. Un permiso habilitó a pasar al patio y compartir allí un refrigerio mientras algunos niños curiosos deambulaban por las aulas que quedaban en pie encontrando restos de clases: afiches, tizas, algunos útiles. Otros registraban. El

arquitecto a cargo de la construcción se acercó a saludar y ante un sí rotundo nos llevó a (re)conocer el edificio. Era la primera vez que estudiantes y docentes volvían a “su” espacio luego del incendio, y a las historias y sensaciones, se sumaron un montón de imágenes que también relataron lo vivido.

La muestra y cierre

Desde que comenzamos a planificar el taller la idea fue finalizarlo con una muestra. Queríamos montar una exposición en la que se pudiera no sólo dar a conocer las imágenes -y relatos- construidos, sino también que contara a otros el proceso colectivo transitado. El diseño de la muestra sería pensado en el taller, pero como sucedió en otros momentos, también en esta oportunidad el acontecer trastocó lo ideado.

La última jornada la destinaríamos a seleccionar las imágenes para mostrar, pensar criterios para hacerlo y elaborar un relato que dialogara con ellas. Resulta que ese día prácticamente todos los estudiantes dispuestos a participar del taller era la primera vez que lo hacían, entonces la dinámica fue otra. Nos reunimos en una de las aulas container y formamos una mesa grande con los pupitres sorteando las incómodas columnas ubicadas justo en el medio del salón. Allí desplegamos el mapa gigante del barrio que veníamos armando y sobre éste desparramamos las imágenes que llevamos impresas⁸. Los estudiantes fueron agarrando fotos e identificando lugares, uno de ellos preguntaba sorprendido cómo habíamos hecho para pasarlas de los celulares al papel y otro preguntaba por aquellos espacios del barrio que no lograba reconocer. Improvisando como en otras ocasiones formulamos la consigna de que eligieran una foto y en un papel escribieran algo sobre ella; las dudas sobre la propuesta se disiparon rápidamente cuando cada uno se sentó a plasmar su parecer sobre la imagen escogida.

En diciembre se armó la muestra en el acto de fin de ciclo lectivo y egreso de muchos de los estudiantes que participaron del taller. La distancia entre lo ideado y lo logrado también caracterizó esta instancia. Y aunque mayormente pensada y montada por quienes coordinamos el taller, la participación de los chicos en cada jornada, sus miradas y palabras, fueron guía y contenido. De manera cronológica, lo expuesto retrató lo trabajado colectivamente en una doble clave: por un lado reponiendo el desarrollo del taller, los encuentros y actividades realizadas. Por otro, presentando buena parte de las fotografías tomadas por los estudiantes. Estas imágenes que los chicos tomaron a lo largo del taller (en algunos casos guiados por cierta consigna) fue uno de los modos en que los niños se presentaron a sí mismos, tanto al mostrar sus

⁸ Los visionados previos y el registro que fuimos haciendo de las fotografías que por distintos motivos eran significativas para los chicos, sumado a cuestiones técnicas (que las imágenes no estuviesen excesivamente fuera de foco o que la sobre o sub-exposición impidieran observar lo retratado) fueron los criterios de selección empleados para armar el conjunto de fotografías que imprimimos en papel.

intereses (que leemos en lo fotografiado o en la manera de hacerlo), como en la elección de a quiénes encuadrar o cómo mostrarse a sí mismos al momento de la captura.

El cierre del taller puso en evidencia que fotografiar había generado inquietud, entusiasmo, diálogos, risas, y había posibilitado volver sobre lo cotidiano para “encuadrarlo”, reconocerlo (al descubrir lo conocido) y en ocasiones cuestionarlo y denunciarlo. También iluminó que fotografiarse era no sólo un modo de mostrarse de cada uno, sino también de saberse parte un grupo de pares, de compañeros de grado, de una escuela, de un barrio y también de unas familias.

Los actos escolares suelen ser oportunidades de reunión y este no fue la excepción. Luego de la ceremonia, los familiares visitaron la muestra invitados por los estudiantes y el foco se centró en las imágenes de los niños hermanos, hijos o nietos. Las imágenes impresas cobraron otro valor a medida que tras sucesivos pedidos se iban descolgando de las paredes para integrar los muchos veces delgados registros fotográficos con que cuentan en los hogares de bajos recursos. Y también así, nuevamente de manera impensada, se siguieron tejiendo los hilos que aunque a veces menos visibles, existen entre esta escuela y “su” barrio.

Bibliografía

- Auyero, J Y Swistun D (2008). *Inflamable: Estudio del sufrimiento ambiental, Tramas sociales*. Buenos Aires: Paidós.
- Collier, J (1973). *Antropología visual: A fotografía como método de pesquisa*. São Paulo: Ed. Pedagógica e Universitaria
- Dubois, Philippe 1994 [1983]. *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós
- Hernández, M. Celeste (2016). *Crece en la ciudad: Usos y representaciones del espacio urbano entre niños y niñas de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina)*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. IDAES-Universidad Nacional de San Martín. Buenos Aires.
- Mayol, Pierre (1999) “Habitar”, en M. de Certeau, L. Giard y P. Mayol *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar*. México, ITESO.
- Merklen Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*.

Reguillo, Rossana (2005) "Ciudad, riesgos y malestares: Hacia una antropología del acontecimiento", en García Canclini, N. *La antropología urbana en México*, CNCA, México. pp. 307-340.

Triquell, Agustina (2015) "Hacer (lo) visible la imagen fotográfica en la investigación social; Universidad de Costa Rica. Facultad de Ciencias Sociales; Reflexiones; 94; 2; -1-2015; 121-132